

rio, sin haber sido utilizadas. Tampoco quería ir al dentista. Le daba terror el torno. Por eso tenía la dentadura a la miseria. Temía dormir con la luz apagada. Elizabeth: «Sólo lo podía hacer cuando yo estaba con él y lo calmaba. Las pesadillas lo torturaban...»<sup>20</sup>. A pesar de su fobia a los médicos, a veces Arlt simpatizaba con alguno, como el doctor Eladio Di Lala, «noble amigo de sus enfermos» según reza la dedicatoria que estampó en *Un viaje terrible*.

La vida de Roberto Arlt durante sus últimos tres años gira alrededor de cuatro mujeres: Elizabeth, su amante y luego su esposa; Mirta, su hija; Carmen Antinucci, su primera mujer, y su madre Catalina Lopztraibizer, triestina, a quien Roberto llama Vecha.

Ni el padre (de nombre Karl y nacionalidad alemana) ni la madre llegaron a dominar nunca el habla de los argentinos. Eduardo González Lanuza ha trazado este retrato de Vecha: «Tiene origen campesino, pequeña talla y grandes ojos. Fanática de la religión del orden, capaz de utilizar los residuos en sucesivos avatares de inverosímiles empleos. Zurce sobre los remiendos antes de reconocer que una prenda de vestir ha llegado a su fin. Persigue una mota de polvo sobre sus míseros muebles que relumbran, siempre recién barnizados, y sabe inmovilizar ilusorias monedas en flacas alcancías. En la casa se habla alemán, y las virtudes de ambos cónyuges sumadas, no la hacen demasiado confortable»<sup>21</sup>.

Según Raúl Larra, Roberto heredó de su madre «unos grandes ojos castaños, con un destello singular, ojos que de pronto parecen lejanos, como horadando lo inmediato, ojos que expresan la vida interior, y también un aferramiento al entorno. La madre es novelera, inventará historias, y hacia el final de su vida, sola en Cosquín, se refugiará en las ciencias ocultas y frecuentará a Nietzsche y a Wagner. Ella le lega a Roberto su novelería, su imaginación exaltada y rica...»<sup>22</sup>.

He hablado más arriba de cuatro mujeres. Quizás haya que agregar una quinta, su hermana Lila, cuya temprana desaparición, en 1937, fue para Roberto y para su madre, un dolor que nunca cesó. Una carta de Roberto a Lila, no fechada pero que por los datos que contiene podría datarse en 1930, traza una dura descripción de las relaciones familiares que ligaban a los Arlt. «Al lado de ella (Carmen) no he estado nunca cómodo, nunca alegre, ella, como mamá y como papá, lo único que han sabido hablar es de dinero, siempre de dinero»<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> *Conversación con el autor*.

<sup>21</sup> *González Lanuza*: ob. cit.

<sup>22</sup> *Larra, Raúl*: ob. cit.

<sup>23</sup> *Borré, Omar*: ob. cit.

Una carta de Vecha (circa 1940), comienza con un pésimo augurio: «Querido Roberto: No me siento nada bien y quiero decirte una cosa antes de morir». Sin embargo, Vecha no murió entonces sino que tuvo que atravesar el trance de enterrar a su hijo –como antes había enterrado a Lila– y sobrevivirlo ocho años. Escribe la madre al hijo, con su pintoresca ortografía: «Te ruego para el bien de tu alma para tu salvación, buscate un fraile o un cura y confesate y comulgá y decile que también te de el sacramento de la confirmación que tú no lo recibiste, contale toda tu vida y él te aconsejará pues querido hijo quiero decirte que lo que enseñá la religión católica es la pura verdad y sepas que en la Santa Eucaristía hai Jesucristo vivo Dios omnipotente, a mí, miserable pecadora me dio la grazia de verlo con estos ojos corporales... a la Mirta decile que crea en Dios y que se confiese y comulgue pues recibio el Sacramento Del Matrimonio sin hacerlo y fue un sacrilegio, te digo todo esto porque deseo el vuestro bien... te digo querido Roberto que tu morte es mui probable que sea instantánea y se no estás preparado que será de tú en el otro mundo, que Dios me mande todas las penas a mi pero que te salve a tu... A la Carmen de sile también que sea buena y que yo le perdono sus cartas ofensivas... Termino esta pidiendote perdon por la poca instrucción religiosa que te di en tu infancia y te ruego no desprecies lo que te pido que es la voz de Dios que por mi medio llega hasta tu. Con toda mi alma te abrazo y te vendigo y siempre rezaré por tu. Su mama Catherina Lopztraibizer de Arlt»<sup>24</sup>.

Las admoniciones de Vecha debieron afectar a Arlt, que siempre había sido sensible a los actos de adivinación: sobre las ciencias ocultas trata el folleto que Juan José de Soiza Reilly le había editado a los 20 años<sup>25</sup>. Arlt recurría a horóscopos, adivinos y tiradores de tarot. Un tal Alpherat, especialista célebre en la época, a cargo del consultorio astrológico de *Mundo Argentino*, sostiene que en 1940 Arlt le pidió que le enseñase astrología. «Lo primero que tuve que hacer fue levantar su plano natal. Y no me asombró lo más mínimo que el cielo acusase una potencia casi sísmica. La poderosa conjunción de Júpiter con Urano en el signo del Fuego de Sagitario, se enlazaba con una triple conjunción de Marte, la Luna y Mercurio... Recuerdo que en una noche inolvidable en la que me confesó (son sus palabras) que sentía ‘dolor de muelas en el corazón’, le dije que su nombre perduraría entre los valores más altos de América. Y agregué: ‘No soy yo

<sup>24</sup> Borré, Omar: ob. cit.

<sup>25</sup> Arlt, Roberto: Las ciencias ocultas en la Ciudad de Buenos Aires, *Tribuna Libre*, Buenos Aires, 1920. Es el primer escrito publicado por Arlt, si se exceptúa el Diario de un morfinómano, supuestamente publicado en Córdoba pero de cuya existencia muchos investigadores dudan ya que hasta el momento no pudo ser hallado ejemplar alguno.

quien te lo dice. Es tu cielo'». Por esos años, Arlt le solicitó a Xul Solar que hiciera la carta astral del personaje protagónico de *El desierto entra a la ciudad*, la obra que estaba escribiendo<sup>26</sup>.

La cordobesa Carmen Antinucci pertenecía, según Eduardo González Lanuza, a «la muy honorable casa de los Antinucci, donde se desconfía de la bohemia, en especial de la involuntaria, con idéntica convicción que en el resto de las familias de la docta»<sup>27</sup>. En esa casa entra Roberto, un porteño que ha ido a parar a Córdoba para cumplir con el servicio militar en el Regimiento 13 de Infantería con sede en Alta Córdoba, pero que prolonga su residencia, «por la mano de Carmen, una de las hijas pianistas, que se ha enamorado de él... Carmen tiene tres años más que su pretendiente, unas tosecitas pertinaces y algunas décimas a la caída de la tarde»<sup>28</sup>. Se habían conocido durante una función cinematográfica; él estaba en la platea y ella en un palco, pero él la miró todo el tiempo. «Es una jovencita menuda de tez muy blanca, delgada y rubia. Después de algunos intentos frustrados, Roberto consigue entablar conversación, una conversación que culminaría en breve noviazgo. Y a pesar de la fuerte oposición de la familia, Roberto Arlt y Carmen Antinucci se casan. Los Antinucci eran italianos enriquecidos que habían hecho la América con un negocio de ramos generales en Las Perdices (Córdoba) y proyectaban regresar a Italia pero la muerte repentina del padre y la pésima administración de la viuda, que queda con doce hijos, los conduce paulatinamente a la bancarrota»<sup>29</sup>. Respecto a los sentimientos que su suegra alentaba hacia Roberto, Carlos Correas cita esta anécdota: cuando a la madre de Carmen le dijeron que su yerno había publicado un libro titulado *Los siete locos*, agregó: «Y con él, ocho»<sup>30</sup>.

Que Carmen hubiera ocultado a Arlt su tuberculosis fue una de las causas del naufragio matrimonial, cree González Lanuza. La boda se celebra en 1922. El novio condesciende a coserse unos puños postizos a las mangas de su camiseta y oculta su pechera con otra igualmente postiza con su correspondiente cuello Mey. La novia trae una dote modesta pero nada desdenable: unos 25.000 pesos, con los que adquirieron un terreno en la calle Lascano del barrio porteño de Villa Devoto y comenzaron a construir una casa (que nunca se terminó) recibiendo la ayuda del padre de él, aquel terri-

<sup>26</sup> Arlt, Roberto: *El desierto entra a la ciudad*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1952. Esta obra póstuma lleva en su página 64 esa carta astral de Xul Solar. El testimonio del astrólogo Alpherat figura en Roberto Arlt, el desbordado, Mundo Argentino, 1 de octubre de 1958.

<sup>27</sup> González Lanuza: ob. cit.

<sup>28</sup> Arlt, Mirta y Borré, Omar: ob. cit.

<sup>29</sup> Arlt, Mirta y Borré Omar: ob. cit.

<sup>30</sup> Correas, Carlos: *Arlt literato, Atuel*, Buenos Aires, 1996.